

LA CORONACION
DE
LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ.

(Por Correo, para EL TIEMPO.)

León, 7 de Octubre de 1902.

En las primeras horas de este día, todo el mundo se ha esmerado en adornar sus casas de la mejor manera posible. En el Jardín Principal se prepara una iluminación espléndida, y en la Iglesia Parroquial que ostenta colgaduras de oro y grana, ésta será eléctrica. Unido esto á la ornamentación é iluminación de las calles adyacentes á la Catedral, portales y Mercado "Hidalgo" se comprende que presentará un aspecto magnífico.

Los Ilmos. Prelados que llegaron anoche, fueron aclamados por la multitud que invadía la puerta del Obispaño, á donde llegaron, repartiéndose de allí en los respectivos coches á las casas en que se les esperaba.

Hasta ahora las peregrinaciones como se esperaba, han caminado con muy buen éxito. Los donativos han sido abundantes y todas las noches, desde la primera, se han iluminado las gallardas torres de Catedral, así como las calles de que he hablado. Las músicas se han situado en estas calles y se han quemado vistosos fuegos artificiales. Por último se han repartido sonetos, invitaciones, etc. Si es grande el entusiasmo que reina en esta ciudad, no es menos grande y digna de tan Santísima Señora la misión de los PP. Jesuitas, y sobre todo del Padre Díaz Rayón. ¿Quién, que se precie de haber escuchado su santa palabra no se habrá sentido penetrado hasta el fondo del alma y elevado hasta el infinito?

En los días 4 y 5 del corriente nos ha hablado, pero de una manera magistral y tan clara como la luz de esa oración, voto de fe de los Apóstoles: el Credo. ¡Con cuán persuasivas frases sabe arrebatarse el alma y conmover el corazón! No quiero profanar sus conceptos, reproduciéndolos. Ojalá que todos pudiéramos, y siempre beber en tan puras fuentes la fe santa de Jesucristo.

AMADO FLORES.

LA CORONACION
DE
Nuestra Señora de la Luz en León.

EL TIEMPO.

León, Octubre 10.

La población flotante empieza á emigrar á sus hogares. Los trenes de ayer llevaron á multitud de vi-

sitantes de ésta á México, Querétaro, Celaya, San Miguel Allende, Dolores Hidalgo, Guadalajara, Zacatecas, y otras numerosas poblaciones de diferentes Estados. Entre los huéspedes distinguidos que tenía esta ciudad, abandonáronla ayer los Ilmos. señores Plancarte, Fierro, Anaya y Camacho, gran número de sacerdotes, Canónigos y demás representantes de los Cabildos y Diócesis, que no concurrieron á la Coronación.

Hoy celebróse la función solemnisima en la Catedral de los peregrinos de Guanajuato y Marfil.

Suntuosa estuvo la festividad de los peregrinos que llegaron ayer cerca del medio día y penetraron á la ciudad en once vagones. Venían en tren especial, presididos, los de Guanajuato, por el señor Cura Hdefonso Portillo y acompañábanlo sacerdotes en gran número, y á los peregrinos de Marfil, presidíalos el señor Cura Don Antonio Morales. Gran parte de estos últimos venían á pie y su entrada á la ciudad fué conmovedora. Con ellos, á pie también, venía el R. P. Don Jorge López, santo varón de notorias virtudes. Las personas que lo veían derramaban lágrimas, pues su semblante denotaba gran fatiga.

Se reunieron los dos mil y tantos peregrinos del rumbo y en masa hicieron su entrada á Catedral, á medio día. Los de Marfil llevaban crespones negros enarbolados, significando así su duelo por la inmensa desgracia que acaba de ocurrirles con la última catástrofe. Esto conmovió mas aún á los que presenciaron la entrada de la peregrinación. Obsequiaron los de Marfil á la Santísima Virgen, grandes candelabros de considerable valor y pebeteros de gusto artístico; aquéllos son cuatro y éstos son en gran número. Los presentes que los de Guanajuato hicieron á la Virgen, son también valiosos, y consisten en objetos para el culto. La función de hoy empezó á las ocho. Ofició el Ilmo. Monseñor Silva de Pontifical, asistido por los señores Canónigos Alva y González, predicó el Ilmo. señor Obispo de Puebla, Dr. Ibarra. Su sermón fué muy conmovedor, y en él refirióse á Marfil especialmente, pintando con vivos colores el desastre que sufrió, y sin embargo, los hijos de ese pueblo vienen á pie á ofrecer su veneración á Nuestra Santísima Madre de la Luz, y tráenle presentes y no se olvidan de ella en situación tan aflictiva, como la Santísima Virgen no se olvidará de ellos. Agregó que aún resonaban los ecos de la gran festividad del día 8, y ya se efectuaba otra función grandiosa. Esto significa que los hijos aman á la Madre de la Luz y la Madre ama á sus hijos.

El orfeón estuvo dirigido por el P. Velázquez, profesor de coros en el Conservatorio de México. La ejecución fué magistral. Excedió de tres mil el número de fieles. El templo de la Catedral está siendo visitado diariamente á toda hora por mucha gen-

te. Cuando terminen las peregrinaciones, se quitarán las plataformas y entonces lucirá en toda su esplendidez el grandioso decorado, la majestuosa arquitectura y la rica ornamentación de la Catedral.

Ayer en la noche hubo fuegos artificiales en la plaza y frente de la Catedral, lo mismo que en las anteriores. Calcúlase que había anoche diez mil almas en el Zócalo y calles donde se quemaron los árboles pirotécnicos. La iluminación de las calles noche á noche es soberbia, distinguiéndose el Sagrario, que luce aún su adorno de que ya hablé.

Se envió el siguiente cablegrama á S. S. León XIII, subscripto por cinco señores Arzobispos y once Obispos, fechado el día 8 en la tarde:

"Antistites de Leon coronationi Virginis de Latce adistentes Sanctitati tuae gratulantur, filialique amore prosecuti Apostolicam Benedictionem postulant."

El señor Deán es incansable, lo mismo que el Ilmo. señor Ruiz, y no pierden el tiempo, organizando todo, pues ahora necesitase de toda su actividad, quizá tanto como en los preparativos de la función. Trátase de arreglarlo todo, después del gran movimiento, ordenarlo todo.

El Ingeniero de las obras ha recibido muchas felicitaciones, lo mismo que el autor del decorado.

EL ENVIADO ESPECIAL.

LA CORONACION DE
Nuestra Señora de la Luz en León.

EL TIEMPO

Anoche se efectuó el concierto en el edificio de la Lonja, en honor del Ilmo. Sr. Dr. Ruiz, organizado por las familias más distinguidas de la ciudad. Cantó la señora Ochoa de Miranda, y ejecutó en el violoncello el señor León Tamariz, uno de los organizadores de la velada. En el seno de la buena sociedad de ésta, se ha recibido con sumo desagrado, el ataque injustificado que una hoja impresa llamada "El Obrero," dirigió en su número de hoy al señor Orozco, respetable sacerdote, hermano de su Ilma. el señor Obispo de Chiapas, simplemente porque á juicio de ese periódico, no debió haber hablado en la velada del 8 por razones improcedentes que expone la citada publicación, á quien tanto daño hicieron las palabras del orador.

MI EXPEDICION A LEON.

En el resto de mi vida jamás olvidaré el singular beneficio que el Señor se dignó concederme para que mi V. Cabildo de Santa María de Guadalupe, espontáneamente se sirviera elegirme á fin de que en unión de mi excelente compañero el señor Prebendado Macías le representáramos en la Coronación de la Madre Santísima de la Luz; comisión con que desde principios de Agosto del presente año, altamente se nos honró. Gracias mil.

He leído las descripciones de las suntuosas fiestas de la Coronación que han aparecido en el "El Tiempo," en "La Tribuna," y en "El País;" en ellas hay deficiencias y omisiones que por ruegos de mi buen amigo el Sr. Lic. Agüeros voy á indicar.

La piedad y religiosidad del pueblo leonés no tiene rival en nuestra República; hablo de los lugares que conozco que no son pocos; esto se debe ante todo á la Virgen Madre que lo ha escogido, como dicen los Libros Santos, para santificarlo y para que allí se conserve siempre su amor, de suerte que con toda propiedad bien puede llamarse "Marianópolis." Después al inolvidable Exmo. Sr. Sollano, que trabajó, con el celo infatigable de un Apóstol en conservar y aumentar esa piedad y ese edificante respeto que se guarda no sólo al Episcopado, sino al sacerdocio, que por acá va desapareciendo, en particular entre los mismos católicos.

Así se explica por qué fueron recibidos nuestros Prelados conforme iban llegando á aquella ciudad, con ovaciones espontáneas que se les tributaban, y con el adorno de las calles, como debidamente lo merecen los príncipes de la Iglesia. Tuvo la feliz idea el Ilmo. señor Ruiz de que en su palacio no se alojasen ni ellos ni las Comisiones de nuestros Cabildos, pues sus múltiples y urgentes atenciones en aquellas circunstancias no le permitían guardarles las atenciones de que eran acreedores tan ilustres huéspedes, y designó para que desempeñasen tan importantes servicios, las principales familias de su episcopal ciudad; éstas aceptaron no sólo con docilidad sino con sumo gozo semejante comisión, la cual desempeñaron admirablemente bien. Por lo que á mí atañe, aprovecho esta oportunidad para hacer público mi agradecimiento al señor Ruiz por haberme señalado la casa de la virtuosísima señorita María Segura, donde recibí tan excelente hospitalidad como en mi larga vida no la he recibido en alguna parte. Dios se lo premie.

La Catedral quedó espléndida y magníficamente decorada de blanco y oro, cual corresponde al Palacio de la Reina de la Luz y de la Pureza; todo el ornato uniforme y sin que se note discrepancias al plan del que lo formó. No me meteré á indicar la forma del

altar, porque ya la describió "El Tiempo," lo mismo que la de la Corona. A este propósito oí censurar que debían ser dos, una para el Divino Niño, y otra para la Madre Santísima de la Luz, pues dicen que cuando la Imagen de la Virgen Madre, tiene á su Hijo Santísimo, así debe ser; pero también oí contestar que la corona como no fué colocada en las sienas de la Augusta Madre, sino sobre el cuadro donde se halla pintada, la Corona tanto es para el Hijo como para la Madre; de no ser así resultaría un adefesio con la duplicación.

Se procuró que tuviera copiosa luz el camarín de la santa efigie, de suerte que se distinguiera perfectamente desde la parte baja, lo cual antes no sucedía.

En cuanto á la solemnidad, se verificó con un orden admirable. Con anticipación se numeraron las sillas, y se distribuyeron las invitaciones acompañadas con el número del asiento; á las siete se abrieron las puertas de la Santa Iglesia Catedral, y á las nueve toda la concurrencia estaba ya cómoda y perfectamente instalada. De no ser así, ya se calculará el desorden y las molestias que habría causado.

Nuestros prelados tenían señalados los asientos ordinarios de los canónigos, donde se les pusieron sus respectivos y lujosos cojines de terciopelo con ricos galones de oro; en los que ocupan los capellanes de coro, fueron designados para nosotros, á saber: el Dr. D. Ramón López, de la Arquidiócesis de Guadalajara; los señores Vasconcelos y Parada, de la de Oaxaca; los señores González y Huici, del Obispado de Zacatecas; y el señor Figueroa del de Querétaro; el señor Olvera, del de Tulancingo; el señor Lic. D. Ignacio Aguilar, originario de León, y fué el primero que después de la Coronación de Nuestra Señora de la Raíz ó de la Esperanza, inició la de la Madre Santísima de la Luz, con el señor Tejada representaban al Cabildo de Zamora; el señor Castro, en nombre del suyo; y de su Ilmo. Prelado el señor Montes de Oca, quien acababa de llegar de Europa, y por las consiguientes fatigas del largo viaje no pudo concurrir; ciertamente su presencia, como hijo de la Diócesis, hizo falta, y habría dado más realce á estas fiestas; por último nosotros dos.

El Cabildo de León allí estaba, exceptuando á los cinco capitulares que asistían á su Prelado, y otro con el señor Prebendado de Michoacán que representaba á su Cabildo; el señor Córdoba Piedra, que estaban á los lados del Ilmo. Metropolitano señor Silva, bajo dosel al lado de la Epístola.

El trono del Sr. Ruiz es una obra magnífica de ebanistería en su capitel, su forro era de rica tela blanca, y se hallaban colocados según está mandado, desnudos banquillos para sus asistentes.

Todos estuvimos cómodamente colocados en el amplio presbiterio. El V. Clero de la diócesis, y de

otras estaban después del dicho presbiterio; los miembros de tan respetable cuerpo vestían limpias cotas, con excepción de uno que otro que, contra lo dispuesto por el Ilmo. Prelado, se presentó con la sobrepelliz española, quizá por falta de tiempo para obsequiar sus laudables deseos apoyados en las últimas disposiciones del Concilio Plenario, que manifiesta la uniformidad con la Iglesia Madre de la Ciudad Eterna. El número de los sacerdotes era de doscientos cuando menos, según mis cálculos. En la parte superior de los asientos del coro, hay dos tribunas, en una de ellas está el órgano y en la otra se encontraba el Colegio de infantes luciendo sus rojas vestiduras.

Grandiosa, imponente y conmovedora, fué la entrada al templo de los Ilmos. Prelados en número de diez y seis, que iban después de los capitulares, aquéllos con sus capas magnas de color escarlata, con excepción del señor Anaya que llevaba morada, y el ilustre señor Obispo de Arizona, que se presentó con su sencilla manteleta; éstos, los Canónigos, con las violáceas manteletas, por concesión pontificia, con excepción del señor Figueroa con roquete de seda, el señor Olvera y nosotros con los sobrepellices españolas con sus mangas ó alas levantadas, conforme á la usanza y al tiempo. Llegamos á nuestros respectivos lugares. Se cantó la Tercia, y después de ella salimos del templo santo; los Prelados para revestirse en la Sacristía con las capas pluviales, cubrirse con ricas mitras y empuñar sus báculos, con excepción de los Ilmos. señores Anaya, Reynoso y Granjon. El Ilmo. Sr. Silva llevaba el báculo de sencilla madera. Volvimos á ingresar al templo por la puerta principal de la Catedral, en medio de un concurso que guardaba una actitud reverente. La rica corona que iba á *bendecirse* era llevada, como debía ser, en andas, por cuatro capitulares de la Catedral de León: los señores Fernández, Gaona, López y Torres, si la memoria no me es infiel.

No me es posible trasladar al papel el júbilo y gozo de que se apoderaron nuestros corazones cuando vimos que Nuestra Madre recibía la Corona, que como hijos suyos, por las venerables manos del celosísimo señor Ruiz, le poníamos. Así se explica que no cabiendo nuestro contento en el pecho, se trastornara á prorrumpir en aplausos, en dar el grito unísono de "¡Viva la Madre Santísima de la Luz!" contestarlo y el llanto y sollozo brotaban de nuestros ojos. Ojalá y tan piadosa Madre nos conceda al fin de la vida, ceñir la corona de su gloria, no sólo á todos los que allí nos encontrábamos, sino á los que representábamos, y á nuestros paisanos, que tanto se distinguen por su amor y devoción á la Augusta Madre del Verbo Encarnado, por todas partes.

Concluída tan conmovedora ceremonia, mi exce-

lente amigo el señor Pbro. López, Notario de la Curia leonesa, con voz sonora leyó en latín y castellano la concesión apostólica de esta Coronación, y luego el acta que se levantó de la santísima y máxima festividad, calzada con las firmas de cinco Arzobispos, once Obispos y veinticuatro capitulares.

En cuanto al sermón, el público se impondrá de él, pues me dijeron se daría á la prensa, sólo diré que le sirvió de texto las palabras del Profeta Rey: "Se sentó la Reina á la derecha con vestiduras realzadas de oro." Magnífico y espléndido fué el exordio. Conmovió al auditorio al tocar la fibra más delicada, cuando dijo que en aquella augusta ceremonia estaban presentes las cenizas del Ilmo. Sr. Sollano, tan amado y tan presente su recuerdo en León; trajo á colación la memoria de los beneficios que aquella ciudad tan levítica había recibido en haber sido escogida para que poseyera aquella santa efigie, los azotes de que la Virgen Madre la había librado desde entonces, y haberle dado tan beneméritos sacerdotes y Pastores que con incansable celo han cultivado aquella porción de la Iglesia Santa.

Después de la misa se entonó el "Te Deum," se hizo la Consagración á la Madre de la Luz, y se expuso á la Majestad.

Nos retiramos á las 12 y 35 minutos del Templo para dirigirnos al Seminario, donde debía verificarse la comida, á la cual se nos había invitado por medio de atenta esquila, acompañada con un moño, y á otros cordones, de color morado, azul y amarillo, indicándonos que nos pusiéramos ese distintivo, tanto para evitar que acudieran, como sucede muchas veces, personas no invitadas, como para que supiéramos la mesa que debíamos ocupar. El segundo patio del Seminario, que últimamente ha concluído el infatigable Sr. Ruiz, estaba cubierto con lona; en sus columnas se veían fajas con el nombre de la Santa Madre de Dios; la tiara Pontificia y el león abajo de la cruz, signo de las armas del actual Prelado, y gallardetes con los colores mariales, del Pontífice y de nuestra patria, que flotaban cerca de dichas columnas. En el centro se colocó la mesa para los Príncipes de la Iglesia y los capitulares; faltaron los señores Camacho, Anaya y Reynoso; de los de León el señor Arcediano Anda, que ni á la mesa ni á las solemnidades religiosas pudo asistir por enfermedad, y sólo concurrieron los señores Velázquez, Deán; Fernández, Segura, Alba T. y Arizmendi; ésta era la mesa morada. Antes leyó el señor Pbro. D. Luis Orozco, á quien podemos llamar remedo del inolvidable Padre D. Antonio Plancarte, por haber dirigido las obras de la decoración de la Catedral, y organizado las fiestas con tanto acierto, pasó lista de los invitados, que fueron ocupando sus respectivos

lugares, en cuatro mesas que había en los lados Norte, Sur, Oriente y Poniente del patio. Desgraciadamente no acudieron todos, y se vió una mesa vacía. Fué bien servida y reinó la mayor alegría, que se conservó con los acordes de la orquesta, que situada en los corredores altos, tocaba piezas según la índole de la sazona, en lo que llaman hoy música clásica.

El Ilmo. señor Ruiz durante la comida fué obsequiado con una botella de Málaga, que había sido embotellada en 1810; de ella participó á los que nos hallábamos en su mesa.

Concluída la comida, dicho Prelado en un bien pronunciado, correcto y elocuente discurso, ofreció el banquete en su nombre y de su V. Cabildo, á sus ilustres huéspedes. Yo, que lo oí, he visto que el repórter de "El Tiempo" no fué nada feliz en el relato de este punto. El Excmo. señor Arzobispo Silva tomó la palabra para manifestar que él y sus respetables hermanos estaban llenos de agradecimiento por el derroche de atenciones, finezas y pruebas de afecto, tanto del señor Ruiz, como del noble y gran pueblo leonés. Fué muy aplaudido y probó una vez más, que posee el don de la palabra; con broche de oro terminó diciendo: "que ninguno de los que aquí estamos, falte á las agapes celestiales." Nutridos aplausos resonaron. Después se me indicó que tomara yo la palabra; aunque preparado estaba, decliné cuanto pude esta indicación, y mi finísimo amigo el P. Díaz Rayón lo hizo cien mil veces mejor. En esta narración dejo ya indicada mi simpatía á la ciudad de León, la gratitud y el cariño que profeso á sus felices moradores y los ardientes votos por su siempre creciente progreso en el orden espiritual, ante todo.

En cuanto á la Velada á la que asistí en lugar que deseaba para eludir el compromiso de hablar, según venerables Pontífices lo deseaban, sólo diré que el Pbro. D. Ponciano Pérez fué invitado felizmente por ese gran señor Velázquez, que ocupa el primer lugar en el Coro de León, para que en esta fiesta manifestara su amor á la Madre Santísima de la Luz.

Accedió gustoso y fué á León, de donde es oriundo este señor, uno de nuestros mejores poetas y sacerdote tan sabio, oculto en humilde exterior; había alboroto por escucharle, pues es una de las mejores preseas de la diócesis. Luego que ocupó la cátedra, fué saludado con prolongados aplausos; se le oyó con suma atención, y cantó á María con maestría y con unción; por esto al acabar se repetían los aplausos, y se tocó diana. Los invitados, una vez satisfechos de haberle oído, paulatinamente fueron re-